

MEMORIA DE LOS PUEBLOS CON GENTE

Mientras recordemos a sus habitantes, seguirán vivos.

Tomás Gismera Velasco



Oreaba serena la mañana cuando, hace cosa de cuatro décadas, a lomos de una mula castaña tomé el camino de la Bragadera atencina con ánimo de vivir una de esas aventuras literarias tan en boga en los últimos años del siglo XIX, aunque estuviésemos en el XX. La jornada, terminaba de amanecer cuando dejaba Atienza a las espaldas, había de concluir en lo alto de la cumbre que tenía ante mis ojos, Bustares, y la

primera parada del camino, La Miñosa, tenía que tenderse a mis pies dos horas después. Lo hizo con algo de retraso pues la mula, o quien la dirigía, erró el camino y, tomando el equivocado se detuvo en las cercanías de Tordelloso, donde nos encaminaron correctamente y esta vez sí, a eso de la media mañana, con el sol en lo alto, la señora Gabina me contó su vida, que como bien anotaron en La Miñosa al hacerse eco de mi paso se trataba de la tía Eugenia, añadiendo lo de “*el resto es ajustado a la realidad de aquellos tiempos*”. Dos horas más y hacía mi entrada, cual pintoresco Quijote y por la puerta de atrás, en Prádena, al tiempo que algo más de una docena de chiquillos salía de la escuela y nos sirvió, a la mula y su aventurero, de escolta a través de las pizarrosas calles del pueblo. Más que de escolta, de vigía. Pues debieron sospechar que nada bueno había de traer quien de aquellas formas venía. Dejaron de seguirnos al pie del molino, cuando Juan Cerrada, o *Juan de Prádena*, o *Juanón*, como en Atienza lo conocíamos se plantó delante y espetó lo de: *Esa mula es la del tío...* En más de una ocasión el tío Soria lo había acompañado, después de que se cerrasen las tabernas, hasta el camino de La Bragadera, para que los chiquillos no se metiesen con él. Ya era muy mayor y su macho, el *Negro* con el que hacía los caminos, había dejado de seguirle, entre Prádena y Hiendelaencina.

Todavía se daban, a la parte de Saliente, aquellas cerezas pintonas que tan populares eran en toda la comarca y que las mujeres recogían de mañana para llevar en sus cuévanos a los mercados, junto al queso de cabra, careaban entre las estepas pintando la ladera, y la leche recién ordeñada.